

POESÍAS

SÁTIRAS

EL FUROR FILARMÓNICO

..... *Ridentem dicere verum
Quid vetat?*

HORACIO.

No más, no más callar; que ya en mi seno
Tanta bilis no cabe, Anfriso mío,
Y tanta indignación, tanto veneno.

¿Yo sufrir el armónico extravió
Que así enloquece al grave castellano?
¡Yo que de castellano me glorío!

Yo sufrir que el gorjeo de un *soprano*
Muy más al pueblo estólido conmueva
Que el ruso combatiendo al otomano?

¿Y que á enseñar un hombre no se atreva
Luneta para el otro coliseo
Cuando anuncia el cartel *ópera* nueva?

¿Que en el café, en la calle, en el paseo,
En tertulia, do quier se hable tan sólo
De la *Donna del lago* ó de *Romeo*?

¿Que la letra de un *aria*, horror de Apolo,
Aprenda de memoria un *lechuguino*
Y que á León desprecie y á Gil Polo?

¿Que me pruebe en añejo pergamino
Descender de Gerión, y yo le vea
Adulador de un *buffo* transalpino?

¿Que el sentido común negado sea
Por la meliflua turba á quien ignora
Lo que es un *calderón* y una *corchea*?

¿Que hasta para vender platos de Alcora
En *escala cromática* se grite,
Y anuncie el *diapasón* á una aguadora?

¿Que aplaudiendo un moscón se desga-
[ñite

Tal vez lo que rechiflas merecía,
Y entre *bravos* el hígado vomite?

No, no; mil veces no. Sacra Talía,
Ya tu fuego satírico me inflama.
Ya tiño en cruda hiel la pluma mía.

No es tan terrible el bruto de Jarama
Que agarrochado rompe la barrera,
Y embiste, y hiere, y espumante brama.

¡Quién tu mostaza, Juvenal, me diera,
Ó tu diestro pincel, divino Horacio,
Que admirará la prole postrimera!

¡Mas, ay, que no es Madrid el noble La-
[cio,

Y aquí no hay un Mecenas ni un Augusto
Que proteja de un vate el cartapacio!

¿Y he de callar, con el pulmón robusto?
No, que es santa la causa que sostengo
Y de ignorantes zoilos no me asusto.

Harto es mi galardón si á España vengo
Del desprecio *español*, y en rima acerba
Su decoro impertérrito mantengo. —

« ¡Triste! ¿Qué vas á hacer? Aunque
[Minerva

Declamara por ti, no se corrige
La tenaz filarmónica caterva.

» Hay un genio infernal que la dirige,
Gigante enorme, que á domar su furia
Más robusto poder que el tuyo exige.

» Reprende los enredos de la curia,
Si comezón de sátira te roe,
La avaricia ó la sórdida lujuria;

» Y deja que Madrid plácido loe
Los *trinos* de una amable *virtuosa*
Al compás del violín y del oboe.

» Triunfe *Pacini*, triunfe *Cimarosa*,
Y eríjase de mármol y granito
Pirámide á *Rossini* majestuosa.

» Deja que, sin alzar tu inútil grito,
Cual sus tablas un día en el desierto
Se adore de *Moisés* el *spartito*.

» Todo sea dulcisono concierto,
Y óigase el gorgorito almibarado
Hasta en el *requiem* que se entona á un
[muerto.

» ¿Por qué en poema cáustico y airado
Ese placer legítimo combates
Que tiene al español embelesado?

» El mundo siempre fué casa de orates
¡Y al furor filarmónico te opones!
¿Quién en locura, quién vence á los vates?

» La música es consuelo de aficciones.
¿Quién no canta en el mundo? Aun el es-
[clavo
Canta al sonar los férreos eslabones.

» ¡ Dichoso el que no cuenta un solo ocha-
[vo

Para almorzar mañana, como pueda
Clamar en la luneta ¡bravo! ¡bravo!

» Sigue, vate infeliz, otra vereda.
¿Quién ataja un torrente con arcilla?
¡Guarda, no algún desastre te suceda!

» Ya no es Castilla lo que fué Castilla.
Aquí más que otro tiempo al gran Rodrigo
Hoy se aplaude á un maestro de capilla.

» Deja estar á los músicos, te digo,
Que son el ornamento de la corte.
Mira que te aconsejo cual amigo.

» Tu satírica saña se reporte;
Que no bien un melómano te lea,
De enemigos tendrás una cohorte.

» Dirán; — casi los oigo: — ¡ estulta idea!
Ese hombre tiene el alma de peñasco
Cuando una dulce voz no le recrea.

» Mas, ¿qué será lo que le altera el casco?
¡Audacia singular! — Vamos, no hay duda;
Algún poema suyo ha *fato fiasco*.

» Más de una vez su musa testaruda
Entre la risa de ignorante plebe
Nos ha espetado la verdad desnuda.

» ¡Venganza, guerra al poetastro aleve
Que á la divina Euterpe escarneciendo
Su viperina lengua osado mueve!

» ¡El que impugna una *stretta* y un *cres-*
[cendo,
Quien maldice el *adagio* y el *andante*,
Reo es de crimen bárbaro y horrendo. » —

Tente, Anfriso, y escucha tolerante. —
No soy yo de la música contrario:
Sólo pudiera serlo un delirante.

Ni á condenar me atrevo temerario
El público placer, bien que mi diestra
Sólo á Dios elevara el incensario.

Quizá también mi júbilo se muestra
Al escuchar los ecos de *Rossini*
En *Galli*, en *Rossi*, en la sonora *orchestra*.

Pláceme *Osmir* en boca de *Passini*,
La *Céssari* en *Arsace* me arrebató,
Y admiro en *Semirámide* á la *Albini*.

Ni dejo de aplaudir una *colata*
Por cantarla *Valencia*, si me gusta;
Que nunca ha sido mulo de reata.

Ni aun *Llord* cual subalterno me disgusta;
Que Orfeo no he de hacer de confidente
Como pretende multitud injusta.

Mas mi cólera, Anfriso, no consiente
Que ensalzando de Italia á los cantores
Al español teatro así se afrente.

Tribútense en buen hora mil loores
Á una voz peregrina; y no olvidemos
Que en Madrid hay comedias, hay actores.

No sea todo *bravos*, todo extremos
Cuando trina en *rondó* lengua toscana
Y al escuchar á *Lope* bostecemos.

No clamen voces mil: ¡*Hossana!* ¡*Hós-*
[sana!
Cuando acate á su reina el *pueblo asirio*;
Y olvidemos la gloria castellana.

No aplaudamos un *duo* con delirio,
Y Calderón y Rojas y Moreto
En vez de almo placer nos den martirio.

No vea yo á Cervantes incompleto
Por las cuerdas rodar; y entre cristales
De la *Schiava* el insípido *libretto*.

No en el canto los duros á quintales
Ose invertir quien á Talla niega
Ocho maravedís y cuatro reales. —

¿No es risa ver al pueblo cómo brega
Para alcanzar billete del *Crociato*?
¡Á tanto, Anfriso, la locura llega!

Uno pierde la capa, otro un zapato
Otro desde la víspera se aloja
Sobre la dura losa. ¡Mentecato!

Las diez. Fiero motín! ¡Ruda congojal! —
« ¡Orden! ¡Orden! — ¡Soldados, en ba-
[talla! —
Aquí la sangre azul: allí la roja. —

» ¡Atrás! — ¡Buen culatazo á la ca-
[nalla! »
¡Nada! ¿Quién la contiene? Aunque á sus
[ojos

Diez cañones cargasen de metralla.

¡Qué de jirones luego y de despojos!
¡Cuántos, sobre quedarse sin tarjeta,
Descalabrados van, mancos ó cojos!

Otro, no menos huero de chabeta,

Compra á fuerza de plata el privilegio
De adquirir sin porrazos la luneta.

¿Qué ha de hacer? Si perdiera un solo
[arpegio.

De la nueva función, otro *elegante*
Le acusara tal vez de sacrilegio.

No falta en tales días un tunante
Que revenda lunetas y sillones
Burlando al alguacil más vigilante.

Y hay hombre que daría diez doblones
Por escuchar el *aria* del *contralto*
Aunque fuera en el foso entre ratones.

Sabe Madrid que á la verdad no faltó.
Cierto es el trasnochador, y el monopolio,
Y el tomar los billetes por asalto.

De cuanto pasa en él un tomo en folio
Se pudiera escribir; que menos fiero
El galo fué trepando al Capitolio. —

Esto, y aun más que referir no quiero
Pasa en Madrid: ¡y me dirá mi abuela:
« Los tiempos están malos: no hay di-
[nero! » —

¿Á quién en tanto, á quién no descon-
[suela
El ver cuando no hay ópera desiertos
Patio, palcos, lunetas y cazuela? —

« Este calor cruel nos tiene muertos. —
Sudar en la comedia es *de mal tono*. —
Los cómicos son torpes, inexpertos. —

» Si es trágica la acción me desazono;
Si es moral me empalaga; si es jocosa...
Vaya usted en mi lugar: cedo el abono. » —

Así charla la plebe melodiosa;
Y aunque viera á mis plantas un abismo
¿No ha de tronar mi saña procelosa?

Necio furor, risible fanatismo,
La guerra te declaro, y ¡oh si fuera
Cada verso que estampo un sinapismo! —

¡Oh tú, santuario de virtud severa,
Teatro nacional, que fuiste un día
Norma y recreo de la gente ibera:

Prestigio de mi ardiente fantasía,
Tú, á quien tanta vigilia he consagrado,
Puerto amigable en la tormenta mía;

Tú que el sesgo camino me has trazado
Do *Inarco* laureó la docta frente,
Si bien se atasca en él mi pie cuitado:

Tú que en vano á la moda intercendente
Moral opones, variedad, buen gusto,
Ludibrio ya y botín de intrusa gente;

Teatro nacional, mi ceño adusto,
Tu inicua depresión vengar ansía
Y vapular al populacho injusto.

Otro tan bajo apodo aplicaría
Sólo al humilde menestral honesto,
Ó al que no viene de alta jerarquía;

Yo no, que á todo trance me he pro-
[puesto
Lo que siento decir, aunque mañana
Mordaz me llame un crítico indigesto.

Los que nunca leyeron á Mariana,
Y devoran insípidas novelas
En lengua gali-escita-castellana;

Los que charlando más que un sacamuelas
Insignes literatos se pregonan
Y jamás saludaron las escuelas;

Los que su patria sin pudor baldonan;
Los que el oro negado al indigente
Por exóticos dijés abandonan.

Los que con cien aromas del Oriente
De sus almas no purgan la inmundicia,
Y llaman al danzar ciencia eminente;

El gallego ó vascón cuya injusticia
Osa tildar de bárbaro salvaje
Al hijo de Navarra ó de Galicia;

Los que llaman á un coche un *equipaje*,
Y hablando entre españoles mal gabacho
Sus costumbres olvidan, su lenguaje:

Anfriso, yo lo digo sin empacho;
Éstos, su condición cual fuere sea,
Éstos son ¡vive Dios! el populacho. —

Lejos de mí la extravagante idea
De condenar las óperas, repito;
Ni aun la débil de *Osmir* y *Netzarea*.

Mas aquel que al armónico apetito
Todo lo sacrifica afeminado,
Es un fatuo, un cabeza de chorlito. —

« ¡Bello *duo!* Mi oreja ha regalado. » —
Bien: mas ¿por qué el monarca babilonio
Ya cadáver entona un *recitado*?

¿Por qué *Antenor*, que viene hecho un
[demonio,
Canta rabiando y á *Celmira* aterra?
¿No es levantarle un falso testimonio?

¿En qué ignorado pueblo de la tierra,
Aunque perdone *Il posto*, canta un reo
Delante del consejo de la guerra?

¡Oh poder de la *solfa!* ¡Oh coliseo! —
Cuando á mí me asaltaron los ladrones
No cantaban siguiendo á un corifeo.

¡Ay, que menos maldad, menos traiciones
Llorara el orbe si al *compás* y al *tono*
Los hombres sujetaran sus pasiones! —

Mas no se diga que con ciego encono
Ando á caza de faltas en el canto,
Y al olvido sus gracias abandono.

Basta : sólo diré que no me espanto
Si entre *bemoles* el *tam-tam* resuena,
Ni *Claudio* cantarín me arranca llanto :

Que el canto los sentidos enajena,
Que conmueve tal vez, mas no convence;
Objeto primitivo de la escena.

Ni el comprender la letra á mí me vence.
Si cuando no debía *Otelo* canta,
Lo mismo es en toscano que en vascuence.

Sólo á su voz los triunfos que decanta
Quizá debe un tenor : la Poesía
Del genio vive, y no de la garganta.

De Melpómene fiera y de Talía
Á los cuadros patéticos y fieles
También concede un genio la *armonía*.

La armonía de Fidias y de Apeles
Que el alma hiere, blanda, imperceptible,
Sin flautas, sin *tam-tam*, ni cascabeles.

Armónico placer indefinible;
Placer que sólo siente y sólo expresa
Quien nutre un corazón tierno y sensible.

¿Qué gozo iguala á la feliz sorpresa
De ver al torpe vicio escarnecido
Ceder su triunfo á la virtud opresa?

Si sucumbe, ¿qué pecho empedernido
No goza maldiciendo á los troyanos,
Lágrimas dando á la infelice Dido?

¿Quién de Dios no venera los arcanos
Cuando incestuoso gime y parricida
El miserable rey de los tebanos?

¿Quién si en su pecho la virtud anida,
No bendice á Jehová, que el alma fiera
Le negó y el orgullo de un Atrida?

¿Quién...? Pero ¿á qué me salgo de mi
[esfera?

¿Qué escribo yo? Una sátira picante,
Y no tratado de moral austera.

¿Quién vale más : *Racine* ó *Mercadante*?
¿Es más justo reir en el *Avaro*
Que aplaudir una *pieza concertante*?

¿Es lícito ignorar que Gundemaro
Fué de España monarca al madrileño
Que ha aprendido á decir : *Addio caro*?

¿Se aplaudirá á un cantor con necio
[empeño
Antes que cante, sin saber si tiene
Miserá voz y oído herroqueño?

¿Callarán las deidades de Hipocrene
El talento español, y el de otra casta
Sonará desde Calpe hasta Pirene? —

Que yo resuelva la cuestión no basta.
¿Y á qué fin? Cada cual á su albedrío,
Dirán, el tiempo y el dinero gasta. —

Haced lo que queráis : tiradlo al río. —
La solfa preferid. Cuando haya canto
Olvidad los rigores del estío.

Pero, por Cristo y por su Padre santo,
No vayáis á ultrajar la patria escena
Los que la veis con tedio y con espanto.

No porque una comedia os cause pena
Miréis como á un idiota de reojo
Al pobre diablo que la juzga buena.

No apuntéis sin cesar el doble antejo
Para ver en tertulia y aposentos
Si Filis se vistió de azul ó rojo.

No allí el tiempo gastéis contando cuen-
[tos;
Y hasta ver si es el drama bueno ó malo
No le volváis la espalda descontentos.

No charle usted tan fuerte, don Gonzalo,
Ó vaya con su cháchara al pasillo;
Que los que están detrás no son de palo.

No se ha anunciado en el cartel sencillo,
Ni puede autorizar el presidente
Que usted nos administre un tabardillo.

Ya que aplaude á rabiar, Dios se lo au-
[mente,

Al *tiple* y al *tenor*, con sus paisanos
Sea usted, á lo menos, indulgente.

No tema lastimar sus lindas manos
Si aplaude á un español; que no por eso
Gemirán los cantores italianos.

Indigno fuera tan culpable exceso
De un artista eminente, cuya fama
No se funda en los *bravos* de un camueso.

Alguno de ellos, que las leyes ama
De la santa equidad, allá en su idioma
Llorando nuestra mengua al cielo clama.

¡Ay, que el llanto á mis párpados asoma
Cuando á ser españoles nos enseña
El que ha nacido en Nápoles ó en Roma! —

« ¿Por qué, dice, la gente madrileña,
Bien que aplaudidos sean *tiple* y *bajo*,
La escena nacional tanto desdeña?

« Esmerado y asiduo es su trabajo.
¿No hacen más de lo justo los actores
Que por poco dinero echan el cuajo? »

Dice bien. Y si en premio á sus sudores
La soledad reciben y el desprecio,
Más se corregirán de sus errores.

Hoy dan nueva función. — ¡Oh vulgo
[necio!
¿Por qué no vas á verla? Si es mezquina,
Si la ejecutan mal, silba de recio.

Canta la *donna* mal su *cavatina*
Y exclamas al momento compasivo :
« Está mala; está ronca; ¡*poverina!* »

¿Pecar no pudo por igual motivo
Un actor español? Quizá trabaja
Después de haber tomado un vomitivo.

Quizá ese mismo que tu lengua ultraja,
Inmolado al escénico decoro,
Come gazpacho y duerme sobre paja.

¿No fuera más razón en rudo coro,
Si delinquen, silbar á los de allende
Que han venido á embolsar montones de
[oro? —

Mas en vano mi sátira pretende
Reformar á la ciega muchedumbre
Que la razón esquiva, ó no la entiende.

Basta; me canso ya. ¡Dios los alumbre!
Que si decir quisiera lo que callo
Aun gastara de tinta media azumbre.

Si en vano ¡oh patria! por tu honor ba-
[tallo;

Si no me escuchan como en Troya un día
Al que arengó contra el fatal caballo;

Si los necios me juran guerra impía;
¿Qué importa? La verdad siempre es mi
[norte.

Muchos aplaudirán la audacia mía;
Que no todos son necios en la corte.

DEFENSA DE LAS MUJERES

Es honrar á las mujeres
Deuda á que obligados nacen
Todos los hombres de bien.
LOPE DE VEGA.

Mitad preciosa del linaje humano,
Triste Mujer esclavizada al Hombre,
Que tu escudo nació, no tu tirano;

Yo á defender tu mancillado nombre,

Dulce á mi corazón, audaz me arrojo,
Bien que mi sexo indómito se asombre.

Tal vez me atraiga su temible enojo;
Que en tu defensa combatir no puedo
Sin cubrir á los hombres de sonrojo.

¡Oh! Si mi bella con semblante ledo
Reconoce mi amor en mi poema,
Ni á todo un batallón le tengo miedo.

Mas ¡ay de mí si un crítico postema
Con indigesta pluma envenenada
Á mis versos fulmina su anatema!...

¡Piedad, piedad! Sumisa, arrodillada, —
¿Qué más quieres de mí? — pues no te
[ofende,

Gracia pide esta sátira cuitada.

Tal vez en vano deleitar pretende.
No importa : sé indulgente, que harta
[pena
Tendrá su pobre autor si no la vende.

La Mujer ha nacido dulce y buena,
Á recrear, á embellecer la vida
Como al campo la cándida azucena.

Si á los deberes falta inadvertida
De cariñosa madre y fiel consorte;
Si el virgíneo pudor acaso olvida;

¡Hombre severo! si perdido el norte
Á alguna vez que misera naufraga
En el mar borrascoso de la corte,

Tuya es la culpa. Si el poder embriaga
De orgullo tus sentidos, al opreso
También sus grillos quebrantar halaga.

Hasta el insano tigre allá en lo espeso
Del arduo monte, y la feroz pantera
De tu barbarie culpan el exceso;

Que si ceban la garra carnífera
En la sangre del tímido cervato,
Dulces son á la dulce compañera.

Mas ¿qué admirar de ti cuando insen-
[sato

Á la mujer inerme tiranizas,
Si ni al Hombre perdonas, Hombre ingrato?

De tu nombre el escándalo eternizas,
No la gloria, matando, destruyendo,
Jamás harto de sangre y de cenizas.

Y es suave á tus orejas el estruendo
Del infernal cañón, que el muro atierra,
Y de la alzada bomba el silbo horrendo.

Si una vez la ambición tu pecho en-
[cierra,

En saña vences al caudal terrente
Que el Noto arroja de la adusta sierra. —

Mas ¿dónde voy? Del dios armipotente
Narrar no es mío el carro sanguinoso;
Ni Talía bufona lo consiente.

Así, bien que de cólera reboso,
Combatiré del Hombre la injusticia
En tono menos grave y ampuloso. —

¡Oh tú, que tanto culpas la malicia
De tu pobre mujer!, ¿por qué primero
No culpas, di, tu sórdida avaricia?

Si tanto la escatimas el puchero,
Y comer es forzoso, ¿cómo quieres
Que tenga amor ni á ti, ni á tu dinero?

¡Qué tibios son de Venus los placeres,
Dijo allá *in illo tempore* un poeta,
Sin dulce Baco y regalada Ceres! —

Tú, que apuras en vicios la gaveta,
Marido de una hermosa, ¿por qué exiges
Que penitente viva y recoleta?

Sin cesar la reprendes, y te afliges
Porque baila y se alegra; pero en tanto
Tu perversa conducta no corriges. —

¿Y qué diré de ti, necio Crisanto,
Que con sesenta eneros á la cola
Humillas tu cerviz al yugo santo?

¡Y con quién! Con Leonor, que campa
[sola
En gracias, en frescura y lozanía,
Y á quien tanto galán su pecho inmola.

¿Cuándo han vivido en plácida armonía
El suave nardo con el rudo espino,
El alba alegre con la noche fría?

¿Y no ha de renegar de su destino
Si recuerda que es joven, que es amable,
Y encuadernada vive en pergamino?

Compara tu braguero miserable,
Y tu rugosa frente ilimitada,
Y el asma que te aflige perdurable,

Con aquella cintura delicada,
Aquellas formas de beldad modelo,
A aquella tez brillante y sonrosada;

Y luego, si te atreves, clama al cielo,
Y acúsala de infiel y de perjura
Si sucumbe al amor de algún mozuelo. —

« ¿Era menos infausta mi figura,
Cuando me unió, dirás, el sacro nudo
Á su liviana y pérvida hermosura? » —

¿Y no compraste escudo sobre escudo,
Respondo yo, la inicua tiranía
De su padre avariento y testarudo?

¿No la robó tu bárbara porfía
Al dulce amigo de su infancia tierna
Con quien dichosa y casta viviría?

Ó darse á ti, ó clausura sempiterna:
¿Qué otro medio restaba á la infelice
Para aplacar la cólera paterna?

Llama sin tregua en el abismo atice
El tétrico Plutón al que de un hijo
La inclinación honesta contradice.

Lleve el diablo al decrepito canijo
Que no espera su término cercano
Tranquilo y sin bodorrio en su cortijo. —

Y tú, *lindo don Diego*, casquivano,
Que por salir de trampas y pobreza
Vendiste á doña Crispula tu mano;

Si porque el hado le negó belleza
La desprecias ingrato, ¿cómo extrañas
De su gruñir eterno la rudeza?

¿Se encuentran cada día esas cuecañas?
¿No debes nada á tu mujer, que entero
Te consagras sin rienda á las extrañas? —

« No se compra el amor con el dinero,
¿Por qué enlazarse á mí? » — ¡ Linda salida!
¿Te explicabas así cuando soltero?

¿Y aquello de *mi amor, mi bien, mi vida*?
¿Qué se hicieron los dulces madrigales
Do tu pasión pintabas desmedida? —

« Rojos tus labios son como corales;
Nieve tu seno, que Cupido precia
Más que en Chipre su cuna de rosales.

» Ni Cleopatra famosa, ni Lucrecia
Te igualan en beldad, ni la traidora
Que tantos lloros arrancó á la Grecia. » —

Así hablaba tu boca engañadora. —
¿Por qué es hoy á tus ojos una arpía
La que antes fué sirena encantadora? —

« Que pague su orgullosa tontería,
¿Por qué no consultaba algún espejo,
Y hubiera visto en él que yo mentía?

» Á un hombre de mi garbo y mi gracejo
Harto cuesta el llamarse su marido
Sin hacer el papel de su cortejo. » —

¿Y acaso, dime, la primera ha sido
Que hermosa se ha juzgado, ó menos fea
Á fuerza de adularla un fementido?

¿Es por ventura extraño que se crea,
Y más en la mujer, débil, sencilla,
Lo que el orgullo humano lisonjea?

¡Y cuántas veces el amor humilla
Á una fea dichosa el Ganímedes
Admiración y hechizo de la villa!

¿Ni aun el consuelo nimio la concedes
De haber creído conquistar tu pecho,
Si no con su beldad, con sus mercedes?

¿Tan mal fundado juzgas el derecho
De una rica al amor de un pelagatos
Que no tiene ni viña ni barbecho?

Recuerda cuando andabas sin zapatos,
Y si un Creso la sopa te ofrecía
Te tragabas hambriento hasta los platos. —

« ¡No se hubiera casado! » — ¿Y qué sería,
Qué sería de ti, que tal proferes,
Si, pudiendo ser madre, aun fuera tía?

¡Ah! Bien pudo nadar en los placeres
Sin gemir en amargo cautiverio;
Mas ¡oh suerte cruel de las mujeres!

Si del amor cedéis al dulce imperio,
Sólo el placer el Hombre se reserva:
Vuestro es el deshonor y el vituperio.

Pasa por gracia en la viril caterva
Lo que castiga cual atroz delito
En la Mujer su infortunada sierva.

No hay un freno que dome su apetito;
Que más aplauden al que más codicia
El lupanar, la crápula, el garito.

Y en tanto ¡cuál te oprime su injusticia,
Triste Mujer! Feroz si te condena,
Cocodrilo falaz si te acaricia.

¿Es mucho, pues, si de Natura suena
Dentro en su pecho la incesante aldaba,
Que anhele una infeliz nupcial cadena?

¿Y qué mujer de resistir se alaba
Al soberano amor? Su arpón maldito
Á la hermosa, á la fea, á todas clava.

Y hoy que domina el interés precito
¿No ha de esperar que el oro la haga bella
Aunque sea una furia del Cocito?

¿De rabia no arderá como centella
Si es despreciada del marido injusto
Que sus derechos sacrosantos huella?

¿No ha de tenerle en sempiterno susto
Espiendo al perjurio día y noche?
¿No ha de arañarle el entrecejo adusto?

¡No, que verá tranquila que derroche
Su hacienda en un burdel, y á una piruja
Querrá ceder el heredado coche!

¡Y tú la llamas deslenguada y bruja
Porque charla, y te aturde y desespera!
Hace bien en charlar, que no es cartuja.

Purgue sus culpas, sufra una Megera
El que sufrir no puede una consorte;
Y frito viva, y execrado muera.

Mas ¿cuál infame y cínica cohorte
Á mis ojos parece?... ¡Ah vil canalla,
Escándalo y escoria de la corte!

Ahora si que saltar quiero la valla;
Ahora como la pólvora tronante
Mi cáustico furor arde y estalla.

¿Quién puede ver sin cólera á un tunante
Á su triste mitad poner en venta,
Del conyugal pudor vil traficante? —

« Resista la Mujer tamaña afrenta. » —
¿Cómo podrá si su holgazán marido
La hace vivir desesperada, hambrienta?

Si en tanto algún ricacho corrompido
Con larga mano á su hermosura brinda
Ya el collar, ya el magnífico vestido;

Menos heroica que graciosa y linda,
¿Es mucho que por hambre ó por despecho
Al pródigo magnate al fin se rinda?

Así el maeizo artesonado techo
Que una gotera mina sin reposo
Al fin viene á caer roto y deshecho.

Así en el alto cerro pedernoso
Un año y otro la robusta encina
Al huracán resiste proceloso;

Y al fin la copa vacilante inclina,
Cruje el tronco tenaz, y al valle umbrío
Baja rodando en estruendosa ruina.

Así al oso feroz del Alpe frío
Á fuerza de hambre, y palos, y cadena
Hace bailar el hombre á su albedrío.

Así á dormir con ruda cantinela
La serosa nodriza de Vizcaya
Los infantiles párpados condena;

Y tanto boga sin hallar la pláya
El desvalido párvulo en su cuna,
Que al fin duerme sin sueño, ó se desmaya.

¡Ay! En tanto que halaga la fortuna
Á un gandul sin vergüenza, torpe, idiota,
Gime el talento, y el honor ayuna.

¿No ha de sufrir la pública chacota
Un marido venal? ¿Por qué á ese reo
Sin honra ni pudor no se le azota?

¿Por qué ha de ser escudo el himeneo?...
Mas silencio: mi pluma avergonzada
Se niega ya á pintar cuadro tan feo. —

« Escuche usted, me dice un camarada:
Veamos cuál disculpa á la soltera
El vengador de la mujer casada.

« ¿Por qué Flérida esquivaba y altanera
Me precia en menos que su mano hermosa,
Talle gentil y rubia cabellera? » —

No la adulara tanto la enfadosa
Cuadrilla de babiecas que la hostiga,
Y frívola no fuera y vanidosa. —

« ¿Por qué si á tantos sin rubor prodiga
La blanda risa y la mirada ardiente,
Inés se llama mi constante amiga? » —

Porque ya la ha engañado un preten-
[diente;
Y pues en todo el hombre da el ejemplo,
No es mucho que le imite... y le escar-
[miente. —

« ¿Por qué, si bien á Fílida contemplo,
Más humana la encuentra y más propicia
Quien lleva más ofrendas á su templo? » —

¿Qué ha de hacer? De su padre la codicia
Al que suspira á secas no consiente,
Y al que regala, aplaude y acaricia. —

« ¿Por qué, si es cierto que Belarda siente
El amor que su boca me ha jurado,
En sus heladas cartas lo desmiente? »

« Amor tan circunspecto y reservado
Es farsa, no es amor. ¿Por qué no imita
Mi volcánico estilo apasionado? » —

Porque á la imberbe tropa hermafrodita
En el café no leas el billete,
Y la insulten después con su risita.

¡Mal haya el confitado mozalbate
Que por darse ridícula importancia
La opinión de una hermosa compromete!

Escuchadle contar ¡oh petulancia!
Más victorias de amor, que de Belona
Ilustraron al héroe de Numancia.

Mirad cómo su lengua fanfarrona
Á alguno cierto, que callar debiera,
Mil placeres soñados eslabona. —

« ¿Veis aquella que va por la carrera?...
Pues cierta noche hasta rayar el alba... »
¡Infame! ¡Y no ha pisado su escalera!

« ¿Diréis que Petronila es una malva?
Pues me da cada lunes una cita;
Y el marido... ¡Infeliz! la fe le salva. » —

¿Cuál de su lengua gárrula, maldita,
Aunque sea una santa se liberta?
¿Cuál no fué suya si nació bonita?

¡Ay desdichada joven si inexperta
Vencer te dejás del procaz lampiño!
¡Ay si le atranca tu virtud la puerta!

Que, muerto en breve su falaz cariño,
Tu honor es su juguete ó su venganza,
Aunque sea más puro que el armiño. —

Mas la florida edad de la esperanza,
Del placer, del amor rápida vuela,
Y á luengos pasos la vejez se avanza :

Ó bien el lindo rostro de Marcela,
Que fué portento ayer, hoy desfigura
Crudo tumor, aleve erisipela.

¡Y cuánta soledad, cuánta amargura
Guarda el hado cruel á la que llora
Marchita ó jubilada su hermosura!

Si la rosa de mayo encantadora
Del hombre esquiva la canosa frente,
Ciñe al menos oliva triunfadora.

Si en sus aras Amor no le consiente,
Temis le acoge, y próspera Minerva
Le brinda del saber la sacra fuente.

Si el crudo tiempo su vigor enerva,
Riquezas prodigándole y honores
Del hambre y de la infamia le preserva. —

Días ha que disputan los doctores
Si es justo ó no que la Mujer se ciña
Á mezuquinas domésticas labores.

En buen hora se niegue á la basquiña
Regir la noble cátedra severa,
Blandir el asta y escardar la viña;

Pero al menos el Hombre ¿no pudiera
De algunas artes reservar el uso
Á la pobre Mujer su compañera?

Todo lo abarca su poder intruso.
Tejedor es el Hombre, y cocinero,
Y sastre, que es el colmo del abuso.

¡Oh mecánico siglo chapucero!
¡Oh molicie del Hombre vergonzosa!
¡Yo he visto hacer calceta á un grana-
[dero!!! —

Y porque anhela el título de esposa
Con ardor incesante una doncella
¿La censura tu lengua ponzoñosa?

¿Dirás que es liviandad si se atropella,
Por si otro más gentil no se aparece,
Á escoger un marido indigno de ella?

¿Qué mucho si de un hombre se guarece,
Quien fuere sea, contra el hombre injusto
Que si no la persigue la escarnece?

¡Triste!... ¿No ha de temer el ceño adusto
Del que en su juez se erige soberano
Sólo porque ha nacido más robusto?

Bien con el corazón diera su mano
Al bello moro que en secreto quiere,
Y no á su novio enclenque y chavacano.

Mas ¡ay, que en vano sin piedad la hiere
Del caprichoso amor la flecha aguda;
Que ha de arrancarla ó despechada muere!

Su mal recata ruborosa y muda

Si movido por rara simpatía
Amoroso el doncel no la saluda.

El Hombre con descaro y osadía
Declara sus amores, pobre y feo,
Á la hermosa de excelsa jerarquía.

No es dique la opinión á su deseo;
Y de una en otra hasta encontrar posada
Convierte el trashumante galanteo.

Mas en todo la Hembra infortunada
Contra su pecho para amar nacido
Nace á perpetua lucha destinada.

Legislador el Hombre empedernido
Ni aun consuelo ¡ay misera! te deja
De elegir un tirano en un marido.

Así con el cetrino la bermeja,
La niña con el trémulo caduco,
La aguda con el fatuo se empareja.

¡Persiga Capricornio al mameluco
Que sin pasiones vegetar te manda
Cual si fueras de mármol, ó de estuco! —

« Bien : resignada estoy, dice Fernanda.
Ya del sexo opresor la ley recibo,
Aunque me dicta amor otra más blanda.

« Mas valga de mi rostro el atractivo,
Valga á adquirirme racional esposo
El laudable recato con que vivo. » —

¡Inútil esperanza! Licencioso
Prefiere el Hombre al plácido himeneo
Celibato infecundo y vergonzoso.

Griego, romano, egipcio, persa, hebreo;
Todos honraban cuando Dios quería
El santo nudo que ultrajado veo.

Si alguno con culpable antipatía
Osaba desdeñar, era maldito,
Y en el desprecio y baldón vivía.

Mas hoy se tiene á gala el sambenito. —
« ¿Casarme? dice Erasto, ni por pienso.
No caiga yo jamás en el garlito.

« Otro al ara nupcial lleve su incienso.
Libre quiero vivir, independiente;
Libre gastar mi patrimonio inmenso.

« No sea yo ludibrio de la gente.
No sufra yo, tras la mujer y el dogo,
Cuñado hambrón y suegra impertinente;

« Y una recua de primos... ¡yo me aho-
[go!...

Y... ¡oh Dios! la ambigua prole venidera,
Y el comadrón, el ama, el pedagogo...

« ¡Qué horror! ¿Ya quién se casa? Un
[calavera,

Ó el palurdo, si amaga alguna quinta
Que en morrión le trasforme la montera. » —

Santo Himeneo, quien así te pinta,
Quien te denuesta así no tiene un alma,
Ó más negra la tiene que mi tinta.

Y cuando veo su insolente palma
Blandir al vicio ¿enfrenaré mi furia?
¿Veré su impunidad en torpe calma?

¿Hasta cuándo ¡oh virtud! cual hija es-
[puria

Te abnegará el ibero corrompido
Del Lete al Duero, desde el Miño al Turia?

¿Nada debes al suelo en que has nacido?
¿Nada á ti mismo por ventura debes,
Tú que el nombre escarneces de marido?

Hombre que al escuchar no te conmueves
De la natura el imperioso acento,
¡Feliz te llamas y á vivir te atreves!

No más hinchado prócer opulento
Compra el amor sincero, don divino,
Que el piloto en el mar próspero viento.

Basta á alcanzar el oro alto destino,
Basta á lograr efímeros placeres,
Basta á rendir el muro diamantino;

Mas si algún corazón rendir quisieres,
Te ha de costar el tuyo : á menos precio,
Te afanarás en balde; nó lo adquieres.

¡Ay miserable, miserable y necio!
El que compra lisonjas con el oro
Compra á la par su ruina y su desprecio.

Vendrá la senectud, y amargo lloro
Te ha de bañar el lánguido semblante,
Si hoy tal vez lo embellece tu tesoro.

No habrá una hiedra cariñosa, amante,
Que en abrigar se goce al tronco yerto
Lozano en otro tiempo y arrogante.

Muerto á ti mismo, á los placeres muerto,
El mundo que hoy no basta á tus antojos
¿Qué será para ti? Mudo desierto.

¿Á quién entonces volverás los ojos?
¿Quién cubrirá de rozagantes flores
De tu vejez los áridos abrojos?

¿Quién vendrá á consolarte en tus do-
[lores?

¿Quién besará tu mano, dulce fruto,
Dulce acuerdo de plácidos amores?

Y cuando pagues el fatal tributo
¿Quién cerrará tus párpados gimiendo?
¿Quién vestirá por ti fúnebre luto?

Así rasgada con horrible estruendo

Pasa fugaz nube veraniega
Entre granizo y rayos descendiendo;

Y ni una planta generosa riega;
Que al caer se disipa, no dejando
Vestigio de su tránsito en la vega. —

¡Mas cómo ciega al Hombre el vicio in-
[fando!
¡Cuántos la arrastran! ¡ay! más ponderosa
La conyugal cadena desdeñando!

Arruina á Damis Lesbia, la Raposa,
Inmunda meretriz; y Damis fiero
Desprecia á Laura linda y virtuosa.

No quiere que al olor de su dinero
Algún pariente acuda; y el pazuato
Pariente viene á ser del pueblo entero.

Mucho cacarear su celibato;
Y obedece la ley de una buscona
Que ayer fué propiedad de un maragato.

Su corazón le ofrece la bribona;
Pero ¿qué corazón ni qué embeleco
Si ni aun manda absoluto en la persona?

Mírale al tonto pasear tan hueco
En soberbio landó con su manceba,
Que le burla después como á un muñeco.

¡Mira cuál le engatasa la hija de Eva,
Y cuán cara le vende su conquista!
¡Pobre caudal! El diablo se lo lleva.

¿Dónde hay repleto cofre que resista
Tanto gastar en fonda, y coliseo,
Y peluquero, y tiendas, y modista?

Cual si fuese la hacienda de un hebreo,
La tía de alquiler, el falso primo,
Todos entran á parte en el saqueo.

Así á la viña de su fruto opimo,
Lindera del camino, se despoja,
Si al paso cada cual corta un racimo.

¿Y á quién apiada luego su congoja
Si reducida su fortuna á cero
La ingrata Lesbia del umbral le arroja?

¿Quién no se ha de reir del majadero,
Del bagaje mayor que de este modo
Su juventud consume y su dinero? —

« ¿No es fuerte cosa, desde el sucio lodo
Do yace hundido, me dirá fulano,
Que en todo has de culpar al hombre; en
[todo?

« ¿Á mí me llamas cínico y liviano,
Y bagaje mayor ¡sangrienta injuria!
Y estéril monstruo del linaje humano?

« ¿Y acaso es una Porcia, una Veturia :

Ó más bien una torpe Mesalina
Quien vende su beldad á mi injuria?

» Tu lógica es por cierto peregrina.
Porque estoy arruinado ¿soy culpable?
Pues ¡qué! ¿no peca más la que me arruina?

» ¿Querrás tal vez el título de amable
Ganar entre las damas abogando
Por la ramera inmunda y despreciable?

» Y con la vieja infame que el nefando
Rufianismo ejercita ¿por ventura
Serás también caritativo y blando?

» No fuera tal del Hombre la locura
Si mercenaria la Mujer no fuera.
Más bendiciones echaría el cura.

» Cierto que mueve á lástima Glicera
Linda y graciosa, sin hallar marido,
Consumir su galana primavera;

» Mas ¿qué mucho si un joven aturdido
Á la adusta Glicera recatada
La fácil Araminta ha preferido?

» ¿Quién no coge la poma sazónada
De rama dócil que su mano toca
Mejor que de alta copa enmarañada?

» ¿Qué marinero con audacia loca
Cuando le brinda la amigable arena
Se va á estrellar en la erizada roca?

» ¿Quién si la rubia miel puede sin pena
Gustar en libre mesa, quién la busca
Á expensas de algún ojo en la colmena?

» ¡Vate mordaz! ¿Qué vértigo te ofusca?
Contra tu mismo sexo ¿quién te mueve
Á escribir una sátira tan brusca?

» Eso faltaba á la mujer aleva
Para colmar su orgullo. ¡Ah! Quien la
[apoya
Caiga en sus lazos; sus engaños pruebe.

» Acuérdate de Elena. ¡Linda joya!
Ella fué de su patria horror y estrago;
Ella ardió los alcázares de Troya.

» Fíate, necio, de amoroso halago;
Patrocina y elogia á las mujeres :
Temprano ó tarde te darán el pago.

» Dones lleva á la diosa de Citeres :
Leda con una mano los recibe,
Y con otra envenena tus placeres.

» ¡Dichoso quien á tiempo se apérbice
Contra el sexo falaz, y más dichoso
Quien sin amor y sin mujeres vive! —

¿Has dicho? — Óyeme ahora, que celoso

Á mi defensa vuelvo y á mi ataque :
Homenaje debido al sexo hermoso.

Quizá ya el triunfo cantarás muy jaque;
Mas basta á evaporar tu vanagloria,
No digo yo, cualquiera badulaque.

¿Qué vale recordar la añeja historia
De la hermosa Tindárida funesta?
Sólo pruebas con eso tu memoria.

Citar mujeres mil poco me cuesta
De castidad y de valor modelo;
Mas no es del caso erudición molesta.

Ni cubre mi razón tan denso velo
Que á todas las disculpe. ¡Á buen seguro!
Muchas son el oprobio de su suelo.

Mas para alguna que rompiendo el muro
De la austera opinión al torpe crimen
Guiar se deje por conato impuro,

¡Cuántas el hambre déspota redimen
Con su indefenso honor! ¡Cuántas ¡ay!
[cuántas
De artera seducción víctimas gimen!

Censor injusto que de ver te espantas
De Isaura la flaqueza, ¿acaso ignoras
Que el lloro de Damón bañó sus plantas?

Las palabras recuerda engañadoras
Que insidieron su cándida inocencia,
Las elocuentes cartas seductoras.

Viérasle de su amor en la demencia
Jurar por el divino firmamento
Consagrarla por siempre su existencia.

Viérasle cuán solícito y atento
Sus más leves caprichos prevenía,
Y así velaba su traidor intento,

Y gimiendo á su lado noche y día
Cuán rendido ensalzaba su hermosura,
Su ingenio, su donaire y bizarría.

Así entre gayas flores y verdura
Se oculta el áspid, y en manjar sabroso
La ponzoña vertió mano perjura.

No de otra forma el piélagos espumoso
Con mansas olas el fatal bajío
Al marinero cubre cauteloso.

¡Ah! ¿Qué no inventa el corruptor impío
Hasta que el triunfo bárbaro asegura,
Que olvida luego con cruel desvío?

Ora baña su rostro de dulzura,
Diestro camaleón; ora abismado
En el dolor lo finge y la amargura.

Viérasle, en fin, ante el objeto amado
Con mentido furor el hierro agudo
Convertir á su seno depravado.

Débil Mujer, en el combate rudo
Do á par de la natura el hombre lidia
¿Qué Palas te defiende con su escudo?

Nutrida en la ignorancia, en la desidia,
Y tierna más que el Hombre y amorosa,
¿No ha de vencer del Hombre la perfidia?

Así en torpe ramera escandalosa
La seducción convierte á quien sin ella
Tierna madre sería y fiel esposa.

Así, Clori infeliz, tu frente bella
Do celestial pudor resplandecía
Marchita el vicio y la ignominia sella.

Aquella que en inmunda mercancía
Torna el amor, de crépita rufiana,
Aun llora de un amante la falsía.

Nunca la hubieran en su edad lozana
Con pérfidas lisonjas seducido;
Y ahora sería respetable anciana.

¡Ay! Después que una mísera ha perdido
La buena fama, su mayor tesoro,
¿Qué asombro si el pudor lanza al olvido?

Sin apiadarse de su ardiente lloro
Hoy lenguaz la deshonra el embustero
Que ayer la repetía : yo te adoro. —

« De la virtud, respondes, al sendero
Puede tornar. Si el Hombre se lo niega,
Dios la dará el perdón, menos severo. » —

¡Saludable moral más que á la vega
El fecundo rocío! aunque en la boca
De un botarate lúbrico no pega.

Mas tu ejemplo al desorden la provoca.
¿Y por qué llamas hoy crimen horrible
Lo que llamaste ayer una bicoca?

La que ayer, á tus lágrimas sensible,
De gracia fué raudal y de delicias
¿Infame ha de ser hoy y aborrecible?

Hoy no vendiera Fili sus caricias
Si no la despreciase el insolente,
Que robó á su hermosura las primicias.

Y no es menos ludibrio de la gente
La que al vicio aprendido se abandona
Que aquella que lo llora y se arrepiente.

¿Qué digo? Despreciada te arrinconas
La que siente pesar de su flaqueza,
Y á la relapsa la opulencia abona.

Perdió á Dorila su gentil belleza.
Pues otro bien no tiene, ¿será extraño
Que con ella conjure la pobreza? —

Ya me replicas tétrico y huraño
Que eso de traficar con la hermosura
Causa á la sociedad inmenso daño.

Si; mas viviendo misera y oscura
¿Por qué á la sociedad ser inmolada,
Que la arroja de sí como basura?

Ni premio espera la mujer honrada,
Que entre los hombres vive como ilota,
Ni socorro y piedad la descarriada. —

Á tu lengua mordaz el filo embota,
Pues, sino seductor, cómplice fuiste;
Y no la imprimas indeleble nota.

El poder con que el hado te reviste
Templa tú con la plácida indulgencia;
Y harto será si tu poder resiste.

Si el saber y el valor fueron tu herencia,
De la Mujer son dotes la ternura,
El candor, la piedad y la paciencia.

No ve el rostro á la negra desventura
El que de una mujer amado vive
Que de sus males temple la amargura.

La Mujer en su seno te recibe,
Y á tu labio infantil el pecho ofrece
Do el almo néctar sin descanso libe.

No la aurora tan pródiga amanece,
No á serenar el hórrido nublado
Tan halagüeño el iris aparece,

Cual su labio amoroso y regalado
Sonriendo saluda al caro dueño
Cuando á sus lares torna fatigado.

Ella, á olvidar el enconado ceño
De su estrella enemiga, le previene
La limpia mesa y el tranquilo sueño.

El cielo dió á su acento que resuene
Grato y consolador, y que á tu ira,
Hombre feroz, los ímpetus enfrene.

La Mujer con el mísero suspira,
Y mano tiende al pobre bienhechora
Como el Hombre impasible la retira.

Su mirar entenece y enamora,
Y su sonrisa el alma lisonjea
Como las auras el dosel de Flora.

Mientras el Hombre bárbaro pelea;
Mientras de acero la discordia insana
Arma su diestra ó de encendida tea;

Sobria, dulce, benéfica y humana,
Paz amorosa la Mujer ansía.
Fuente de dichas que incesante mana.

Y en los altares fervorosa y pia,
Cuando el *Hombre* los huye pervertido,
Preces al Alto por el hombre envía.

Ni, bien que débil gima y abatido,

Al eco de la patria, de la gloria
El sexo del amor cierra su oído.

¡Cuántas ganaron inmortal memoria
En los campos de Marte, y á su frente
Ciñeron el laurel de la victoria!

Ni labio luminoso y elocuente
Á la Mujer negó Naturaleza,
Y claro ingenio, y fantasía ardiente.

No es patrimonio suyo la rudeza,
Como pretende el Hombre, que el talento
Bien se sabe hermanar con la belleza.

Mas no ya á la Mujer como portento
De gracia y de virtud el Hombre estime:
Sólo su compasión mover intento.

Duélete, sí de la Mujer que gime,
Por nacer menos fuerte, condenada
Á adular al tirano que la oprime.

Aun por el mismo amor atormentada,
En tutela infeliz desde la cuna
Vivir la mira hasta la tumba helada;

Y en soledad austera la importuna
Existencia arrastrar; y al hombre avaro
Los favores ceder de la fortuna.

Cual rota nave, el luciente faro
El puerto no la enseña en noche umbrosa,
La cuitada perece sin tu amparo.

Contempla que madrastra rigorosa
La envía en cada gozo mil dolores
Natura, para ti madre amorosa.

Contempla, en fin, los negros sinsabores
Que por tu causa sin cesar padece;
Y si la has de ultrajar no la enamores. —

Basta, que ya mi sátira te escuece.
Si en vano corregirte me prometo,
Confésame ó lo menos que merece
Más amor la Mujer y más respeto.

LA MANÍA DE VIAJAR

EPÍSTOLA DIRIGIDA EN JULIO DE 1845

Á MI AMIGO Y PADRINO

EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON MARIANO ROCA
DE TOGORES

marqués de Molins.

No sé si de Alicante ó del Provençio
Rimado me enviaste un cartapacio
Y culpaste de paso mi silencio;

Mas, lo juro por Píndaro y Horácio,

Culpa es tuya, Mariano, que no mía,
Si en el silencio he sido tan rehacio.

Si mi afecto una epístola te envía,
Para que no se pierda en el correo
¿Qué sobrescrito, di, será su guía?

Hoy en las calles de Madrid te veo,
Y eres mañana, nómada versátil,
Vivo, traslado del *errante hebreo*.

Más varío que el termómetro bursátil,
Ya te alberga el fragoso Maestrazgo,
Ya en Elche comes amarillo dátil.

No hay día en que no pagues el portazgo
Y sólo para postas y mesones
Necesitas un pingüe mayorazgo.

Astro de eclipses mil y nubarrones,
Si sospecha *Aragó* dónde amaneces,
¿Qué *Newton* me dirá dónde te pones?

¿Á qué resorte mágico obedeces
Que si incrédula vista acude al tacto
Fantástica visión desapareces?

No ha mucho, si el informe ha sido

[exacto,
Que en un ferrocarril viajar te han visto,
Que es viajar poco menos que en abstracto.

Cuando te hacía yo comiendo pisto
Del edetano Turia en las orillas,
Camino de París ibas tan listo,

Y ya apenas distabas veinte millas
De la antigua Lutecia cuya corte
Tantas encierra y tantas maravillas.

Pero el gas que impulsaba tu transporte
¿No pudo trasegarse á tu cabeza
Y virarla al Oeste desde el Norte?

Mientras « París » mi sobrescrito reza
Quizá en Liorna ó en Ginebra te halles,
Quizá en las lomas de Úbeda y Baeza,

Ó al menos en los atrios de Versalles
Á fuer de buen patriota recordando
La rota del francés en Roncesvalles.

Mas me ocurre una idea. Si te mando
La carta «Á don... *et cetera*... en el mundo»,
Tú la recibirás... Dios sabe cuándo. —

Y ahora ¿qué te diré? Yo tan fecundo
Un día como el vate que en el Istro
Lloró de Octavio el ceño furibundo,

Apenas si figuro en el registro
Del Parnaso español, mi amor y el tuyo,
Desde que *gaceto* y *administrador* (1).

(1) Cuando el autor escribió esta sátira tenía á su

En vez de estrofas, *tórtulos* construyo,
Y en *prensa* día y noche — ¡mal pecado! —
Al *plectro* el expediente sustituyo.

De *letras* por do quiera bloqueado,
Sólo ya las conozco por el *tipo*:
Mi numen no es ya *Apolo*; es el *Estado*;

Y aunque lo rija el que escribió el *Edipo*,
El *Estado* es prosaico aquí y en Asia
Y yo de su influencia participo.

Háblame de *glosilla* y *atanasia*
Y de alternar edictos y decretos
Con noticias de Chile ó de Circasia,

Mas no de versos fáciles, discretos,
Que sabe Dios, Mariano, lo que sudo
Para hacer esta ristra de tercetos.

¡Feliz tú á quien destino menos crudo
Deparó venturosa independencia!...
(Y no lo digo, á fe, porque eres viudo.)

¡Dichoso tú que sin real licencia
Puedes ser perdurable parroquiano
De todo conductor de diligencia!

Yo también lo que resta de verano
Esquivara el rigor de Febro intonso
Lejos de este bullicio cortesano;

Ya fuera mi mansión San Idefonso,
Ya el templo insigne do á la pompa au-
[gusta
Hunde en la nada fúnebre responso.

Que es cosa natural y á todos gusta
Como el caliente hogar en el invierno
Buscar el fresco en la estación adusta. —

Mas, ¡cuántos necios hay, Dios semip-
[terno,

Cuántos que por huir del purgatorio
Se meten de rondón en el infierno!

Dejando aquí su holgado dormitorio
Arrienda á peso de oro una zahurda
En un mal lugarejo don Liborio.

Hosca patrona con su saya burda
Le sirve que no sabe entre sus manos.
Distinguir la derecha de la zurda.

Antes que Dios alumbre á los humanos
Le despiertan los perros, las gallinas,
Las moscas, los chiquillos, los marranos.

Bigardos que apuntalan las esquinas
Ve solo por la calle, ó mutuamente
Matándose la caspa las vecinas.

Sale de casa con el fresco ambiente

cargo la administración de la Imprenta nacional y la dirección de la *Gaceta de Madrid*.

Del alba matutina, y cuando torna
Le tuesta el Sol despótico, insolente;

Que sin un mal arbusto, — ¡es mucha
[sorna! —
Vive contento el poblachón grotesco
Cuando el Sur con su aliento le abochar-
[na, —

Hay un jardín cuyo apacible fresco
Puede ofrecer á tus ardores tregua,
Y tiene estanque y pabellón chinesco;

Pero dista lo menos media legua
Y pasarla pedestre es necesario
Ó al duro trote de alquilada yegua. —

¡Y vivir día y noche solitario
Ó someterse al obligado trío
De fiel de fechos, cura y boticario!...

¿Y qué se come allí? ¿Pescas? No hay río:
¿Caza? Á Madrid por ella si la quieres:
¿Fruta? El año es estéril y tardío. —

Mas si deseas rústicos placeres
Sal al campo y verás cómo prodiga
Sus tesoros en él la madre Ceres.

¡Oh qué recreo la dorada espiga
Ver, y girando el pedernoso trillo,
Y el merodeo de afanosa hormiga...

Si este solaz bucólico y sencillo,
Que admiro yo... en Virgilio y en Valbuena,
No fuera precursor de un tabardillo!

Mas quien, mártir sin gloria, se condena
Á pasar más trabajos que Tobias,
Con su pan se lo coma norabuena.

¡Tiene la moda, á fe, raras manías!
¿Que dirían los padres de mi abuelo
Si volvieran al mundo en nuestros días?

Contentos con su hogar y con su cielo,
Sólo usaban la mula y la gualdrapa
Para dar un vistazo á su majuelo.

Y apenas conocían por el mapa
La corte del austriaco y la del ruso,
Los dominios de Argel y los del papa.

Hoy hemos dado en el contrario abuso.
Ya español que no viaja se denigra,
Nadie está bien en donde Dios le puso.

Ya se ve; como siempre aquí peligra
Media nación si triunfa la otra media,
Cuando descansa Pedro, Antón emigra;

Y como dura tanto esta comedia,
En peripecias trágicas fecunda,
Sed de viajar á todos nos asedia.

Quién va á Cestona, quién á la Borunda;
Éste lleva al Molar su cataplasma;
Aquel sus nervios á la mar profunda;

Y mientras otro en *Pau* se cura el asma,
Á la suiza un *simplón* su viaje emprende
Y al ver á su *tocayo* se entusiasma.

Manda el buen tono caminar allende
Los riscos del selvoso Pirineo:
Á Lión, á París, á Lila, á Ostende;

Que es chabacano y mísero el deseo
Del que sólo camina hasta Segovia
Ó cuando más se aleja hasta Bermeo.

Aunque á Berlín no llegue y á Varsovia,
¿Qué dama de este título es ya digna
Si no ha pasado el puente de *Behovia*?

La *leona* que falta á la consigna,
Porque el oro no cuenta en abundancia,
Á esconderse en Buitrago se resigna;

Y por salvar, ¡pueril extravagancia!
La negra honrilla, escribe en la tarjeta:
«*Fulana* se despide para *Francia*.» —

¡Y tan mal á la España se interpreta
Que la tildan de pueblo *estacionario*,
Comparable á lo sumo con *Damieta*!

Sin contar tanto viaje involuntario,
Desde junio á septiembre, largo ó corto,
¿Quién no traza en Madrid su itinerario?

Hay quien dice: Esta tarde me trasporto
Del barrio del *Barquillo* al de *Moviana*,
Ya que no puedo á Málaga y Oporto. —

¿Y no vive viajando hoy y mañana
El asiduo parásito que hambriento
Siete mesas invade á la semana?

¿Qué hacen sino viajar á todo viento
Tanta *movilizada* pelanduzca
Y pillos y tahures más de ciento? —

Basta. Sin duda mi razón se ofusca.
El placer inocente de los viajes
No merece una sátira tan brusca.

Para algo se inventaron los carruajes,
Y á mozas de posada y postillones
No fuera justo cercenar sus gajes.

Mueva, pues, todo el mundo los talones.
Ya que la humana vida es *transitoria*,
Y si aquí nos da vuelcos y ladrones
Dios arriba nos dé su santa gloria.

EL ANÓNIMO

Aborto infame de la negra envidia,
Yo te maldigo, *Anónimo* cobarde,
Pérfido aun á ti mismo en tu perfidia;

Que nunca de tu triunfo harás alarde,
Ó dejar de existir si el hondo arcano
Ve á tu pesar la luz temprano ó tarde.

¡Y Dios permite que felón villano
Con ingrata labor la pluma fuerce
Contra el usado giro de la mano!

Mas quien péñola y mano así retuerce
Harto muestra el atroz remordimiento
Con que su industria tenebrosa ejerce.

¡Triste el placer que nace en el tor-
[mento!
¡Miserable el artífice que duda
Si le herirá rebelde el instrumento!

Con estéril afán trasnocha y suda;
Y en calma yace el indefenso blanco,
¡Y él tiembla al disparar flecha sañuda!

Si la cara mostrase al aire franco
Pudiera ser que, en pago del insulto,
Del brazo aleve se quedase manco.

Bien hace si no fía en el indulto;
Mas ni en el mal que avieso premedita
Deleitarse podrá guardando el bulto:

Luego es traición inútil y gratuita
La suya, y revolcándose en el cieno
El reptil de más noble se acredita;

Que cuando muere descuidado seno
Suya es la lengua al fin con que iracundo
Filtra en la humana sangre su veneno;

Y tras de un picotazo da el segundo,
Y en buena lid la indignación arrostra
De quien puede aplastar su cuerpo in-
[mundo.

¡Hombre que hoy se empareda cual la
[ostra
Para herir á mansalva á un individuo,
Mañana ante sus pies la frente postra;

Y torpe histrión y adulador asiduo
Mientras aguza el ponzoñoso dardo
Mendiga de sus platos el residuo!

Por dicha ya el *Anónimo* bastardo
Tanto su filo embota con el uso
Que semeja á la espada de Bernardo.

Si uno al leerlo se acongoja iluso,
Arrojándolo al sucio basurero
Ciento se mofan del libelo intruso.

No en dar con un papel tósigo fiero
El ocio engaña, no, quien fuerza y brío
Tiene para asestar golpe certero.

Mas tal á quien no da calor ni frío
De enemigo tan cauto en su ojeriza
El necio y jactancioso desafío;

Tal á quien no acobarda una paliza
Mientras sólo en torcidos caracteres
Su adversario traidor la simboliza,

Si indigno soplo amarga sus placeres,
Tiembla y en cada informe garrapato
Le punzan mil agudos alfileres.

¿Quién duerme en paz si en suculento
[plato
Teme que seducido el cocinero
Le aderece un funesto asesinato?

¿Quién si le obliga el delator artero
Á confundir misántropo, y adusto
Al amigo falaz con el sincero?

Poetas que inventáis á vuestro gusto
De las Danáides el botijo roto,
Y el potro, que no lecho, de Procasto;

Los que movido habéis tanto alboroto
Con el buitro que saja á Prometeo
En presencia de Láquesis y Cloto;

Decidme si no es digno de Leteo
El horrible suplicio de que os hablo...
Amén del real que cuesta en el correo.

¡Y el *Dante* te olvidó siendo del diablo
Obra maestra, *Anónimo* precito!
Vale todo un infierno este vocablo.

¡Y no hay ley que prevenga tal delito!
¡Y no hay para el bribón que lo perpetra
Un asno, una coraza, un sambenito!

Portador de un embuste en cada letra,
Más daño hace tal vez que guerra ó fuego
En la casa infeliz donde penetra. —

«Podré ahuyentar su dicha y su sosiego»,
Diría un embozado libelista,
Si osara hablar; «mas ¿con embustes?
[Niego.

» Larga es de los *Anónimos* la lista
En que se miente á roso, y á belloso,
Mas yo de la verdad sigo la pista.

» Decirla es, sin embargo, peligroso,
Y al débil, si el *Anónimo* condenas,
Entregas á merced del poderoso. » —

¡Error! Ni aquí, ni en Roma, ni en
[Atenas,

Ni ayer, ni hoy, ni jamás el oprimido
Ha roto con pasquines sus cadenas;

Que, ó no llegan de déspota al oído,
Ó entre el fausto y la crápula insolente
Los sentencia al desprecio y al olvido.

Pregunta á aquel esguízaro valiente
Que de *Gésler* el gorro escarneciendo
El suyo sacudió de Austria potente;

Pregunta al siciliano que tremendo
Al resonar el consabido salmo
Hízole coro con marcial estruendo;

Y á aquel que, convertido por ensalmo
De idiota en héroe, al violador Tarquino
No dejó del imperio un solo palmo;

Pregúntales si *Anónimo* mezquino
El arma ignoble fué con que su diestra
Abrió á la libertad ancho camino.

Cuando á la luz del cielo no se muestra,
La verdad, hija suya, se denigra.
Ó calla, ó sal osado á la palestra.

No la ama, no, quien vergonzante y
[pigra
La arrastra por vereda tortuosa
Pensando en si peligra ó no peligra.

La verdad verdadera es animosa,
Manteos de murciélago rehusa
Y á la escuela no va de la raposa.

¡Pícaro siglo que de todo abusa!
Su faz ostenta la procaz mentira,
¿Y la santa verdad irá á la *inclusa*? —

« Pero el amor del bien tal vez inspira
Esa cautela que tan rudo acento
Hoy arranca á las cuerdas de tu lira.

» Tal vez una verdad dicha con tiento
Excusa al hombre honrado una desgracia
Y consigue de un tuno el escarmiento.

» ¿Culparás que mi *anónima* eficacia
De un contador voraz liberte al fisco
Por él robado con impune audacia?

» ¿No quitaré la máscara á Francisco,
Que siendo un malhechor de tomo y lomo
Ve alzar á su *virtud* un obelisco?

» ¿He de sufrir que el cándido Geromo
Tanto alabe á su *púdica* consorte,
Si sé que se la pega y cuándo y cómo? » —

¡Oh! ¿Y sabes si denuncias en la corte
Las rapiñas de lobo *financiero*
Á quien un tanto cobra del importe?

Si el pueblo á algún malvado trapacero

Estatuas funde y monumentos labra
Cual Roma un día á Tito y á Severo,

Calla y déjalo estar, hijo de cabra,
Que hoy á un ídolo humilla el incensario...
Y mañana con él le descalabra :

Y, pues que tenga alguno es necesario,
Quizá en el cambio pierda más que gane
Si Juan releva á Pedro en el santuario.

Y ¿qué te importa á ti, cabeza inane,
Que, aunque la suya acuse á don Sem-
[pronio,
Con su venturo conyugal se ufane?

Pues ¿no ves, amanuense del demonio,
Que ó da golpe cruel ó golpe en vago
Quien se mete á infernar un matrimonio?

Ó sabe ó no un marido que el halago
De su mujer le usurpa un mozalbate
Mientras él hace viajes á Buitrago;

Si lo sabe, — y de diez lo saben siete, —
Pierdes papel y tiempo; si lo ignora,
Le asesina tu *anónimo* billete.

Al abrir él los ojos en mal hora
Caerá de su beato paraíso...
¡Y no se enmendará la pecadora!

Que rete á su rival será preciso :
No sin pena tal vez, porque es amable
Si los hay en el mundo el don Narciso.

Y como barco sin timón ni cable
En mar bravío, sin defensa ¡oh grima!
Su busto entrega al enemigo sable;

Que el lego y el galán docto en la es-
[grima,
Bien puede ser que, amén del cornificio,
Horrendo chirlo en la nariz le imprima.

Y enredado en los trámites de un juicio
Él sufrirá la pública chacota
Antes que ella la pena de su vicio.

Y en vano, en vano su indeleble nota
Pretenderá borrar el desdichado
Con autos de la Audiencia ó de la Rota. —

« Días ha con el dedo señalado,
Á jovial cuchicheo daba asunto
En teatro y café, tertulia y Prado. » —

¿Y qué? La misma mella que á un di-
[funtio

Le hacía, venturoso en su ignorancia,
Servir de mofa al universo junto.

Tal vez con inocente petulancia,
Satirizando él mismo á sus cofrades,
Convertía las pullas en substancia,

Cuando de error tan dulce le disuades,
Á pretexto de hacerle un beneficio
Cometes la mayor de las maldades.

¡Ay! ¿no es triste merced, flaco servicio
Excitarle á dudar si el predilecto
Benjamín es auténtico ó ficticio?

Le oyes clamar con paternal afecto :
« ¡Qué mono! ¡Un serafín!... ¡He aquí mi
[obra!
¡Su rostro no desmiente al arquitecto! »

¿Y no te duele su mortal zozobra
Si por ti descubierta la maraña
Pierde esa fe que nunca se recobra?

Es caridad ¡por Cristo! bien extraña
Hacerle ver que le semeja el niño
Cual se parece un huevo á una castaña.

Ni á lastimarme del *papá* me ciño.
¿No consideras que el muchacho tiene,
Si uno en el nombre, dos en el cariño?

No un soplo que sus días envenene
Saque por tu oficiosa tontería
De su dichoso engaño al pobre nene.

¡Ah! De rubor su frente no cubría
Amando al sandio padre putativo,
Que su puro candor salvó le hacía.

Pero, ¡trocar por él, chivo ó no chivo,,
Otro que, aunque en secreto lo declare,
Por tal no consta en parroquial archivo!...

Y, como el hombre al fin no es el que pare,
Caviloso quizá no le prohije
Y en su triste orfandad le desampare.

Con harta causa el misero se aflige.
Ayer ¡oh peripecia! tanto mimo;
Y hoy ¿á quién colgaremos este dije? —

Vuelvo al *papá* y el vástago suprimo.
¿No tiembles al pensar que el sustituto
Era también su tutelar arrimo?

¿Qué olivar ni qué viña dió más fruto
Al sudor del colonó que su boda?
¿Por qué llegó á intendente siendo un
[bruto?

¿Quién hizo de su casa una pagoda,
Con tanta y tanta ofrenda enriquecida,
Y á su mujer la reina de la moda?

« ¡Ay, dirá con conatos de suicida,
Confunda Dios al temerario amigo
Que rasguñó esta carta aborrecida! »

» ¿Qué le hice yo para chocar conmigo?
Abrevado de penas y sonrojos
De culpa ajena sufriré el castigo.

» Si es tarde ya para poner cerrojos
Á mi robado honor, ¿por qué la venda
¡Sólo para llorar! rompen mis ojos? »

Ó bien, siguiendo la trillada senda
Al chisme y al chismoso dará una higa
Por no perder tan cómoda prebenda.

Así, menguado fruto de tu intriga
Siempre habrás de sacar, pues es forzoso
Que el lector te desprecie ó te maldiga. —

¡Quién te dijera que instrumento odioso
Fuese, oh Cadmo, á un traidor de vil ralea
El arte que inventaste prodigioso!...

¡Y aun quieres achacar acción tan fea
Á falso amor del bien! Mientes, canalla :
No cabe en ti tan generosa idea.

Cuando tu falsa indignación estalla
Contra aquel aduanero que escamota
Cien fardos de tabaco y de quincalla,

Su vacante codicias, mal patriota,
Y no el bien del Estado te propones
Sino agotar la mina que él explota.

Al poderoso injurian tus renglones
Porque acaso anhelaste su privanza
Y él te echó de su casa á puntillones.

Bajo, vil y soez en tu venganza,
Denuncias la flaqueza de Belisa
Porque frustró tu lúbrica esperanza;

Y osado fuera un hombre de tu guisa
Á vulnerar con falso testimonio
Timbres de Porcia y lauros de Artemisa. —

Otra vez y otras mil dóite al demonio,
Sierpe de tinta, *anónimo* libelo,
Y quien no te abomine es un bolonio.

Arte que no inventara *Machiavelo*,
Yo á las mayores plagas te comparo
Que fulmina la cólera del cielo.

Impalpable, invisible, el gesto avaro
Tu ruín adepto esconde; y ¿qué sibila
Nos dirá si es Crisóstomo ó Jenaro?

Así hasta Gibraltar desde Manila
Vuelva en miasma sutil hórrida peste
Que jóvenes y viejos aniquila :

Así el céfiro blando del Oeste
Súbite cede al ímpetu del Noto
Que á conjurar no basta el arcipreste :

Y así, en fin, por sendero obscuro, ignoto,
Mientras incauto el hombre se solaza,
Lleva su sorda zapa el terremoto
Que ciudades y montes despedaza.